



Carta a un rehén

de Antoine de Saint-Exupéry

Carta a un rehén nace de un prólogo a una obra de Léon Werth, a quien Saint-Exupéry dedicó *El principito*. Más tarde, las referencias a este amigo judío desaparecen, para evitar las suspicacias antisemitas, y Léon Werth pasa a convertirse en «el rehén», el ser humano universal y anónimo capaz de reconocer al otro a través de un gesto instantáneo, común con el enemigo, y de trocarlo en viajero de la misma aventura de vivir. Al compartir un cigarrillo, el rehén y su captor abren la compuerta que los mantenía fijos en sus roles: es el momento de descubrir la mutua humanidad, de arrancarle al futuro un nuevo hermanamiento.

Nota introductoria

ANTOINE Marie Jean-Baptiste Roger de Saint-Exupéry nació el 29 de junio de 1900 en el seno de una familia aristocrática de Lyon, Francia. Tuvo cuatro hermanos, y su padre murió cuando él apenas tenía cuatro años. Por ello, la familia se trasladó a Le Mans, y desde 1909, Antoine vivió en el castillo de su tía, ubicado en la localidad de Saint-Maurice-de-Remens.

Más tarde, Antoine se trasladó de nuevo a Le Mans donde estudió con los jesuitas en Villefranche, y luego a un colegio marianista de Friburgo, Suiza, donde habitó entre 1915 y 1917. Tras fracasar en el examen de ingreso a la Universidad, decidió matricularse en Arquitectura en la Escuela de Bellas Artes.

En 1921, cumplió el servicio militar y comenzó su afición por la aviación; consiguió el título de piloto pero no ejerció profesionalmente. Entre 1922 y 1926, trabajó en diversos oficios, como inspector de una fábrica de ladrillos y representante de una marca de camiones. En 1926 comenzó su etapa como piloto comercial trabajando para Aeropostale y volando regularmente entre Toulouse y Rabat, Toulouse y Dakar, o Dakar y Casablanca. Ese mismo año publicó *El aviador (L'Aviateur)*, un relato aparecido en la revista *Navire D'Argent*, en la que trabajaba su amigo Jean Prévost.

Su pasión por el desierto del Sahara inició a finales de 1928, cuando fue director del campo de aviación de Cabo Juby, Marruecos. En 1929, publicó *Correo Sur (Courrier-Sud)*, su primera novela, y se trasladó a Buenos Aires, Argentina, donde fue nombrado director de la compañía

Aeroposta Argentina, la cual no obtuvo resultados económicos favorables.

En abril de 1931, se casó con la escritora y artista Consuelo Carrillo, viuda de nacionalidad salvadoreña, y publicó *Vuelo de noche (Vole de nuit)*, novela prologada por André Gide, que alcanzó gran éxito comercial y fue galardonada con el Premio Fémina.

Durante la década de 1930, Antoine fue piloto de línea entre Casablanca y Dakar, y piloto de pruebas para Latécoère; intentó conseguir el récord de velocidad volando entre París y Raigón (viaje en el que sufrió un accidente en el desierto Libio); se empleó en el servicio de propaganda de Air France; firmó artículos desde Moscú para el *Paris Soir*, y cubrió como periodista el conflicto de la Guerra Civil Española para el *Intransigent*.

En 1938, un accidente ocurrido en Guatemala, cuando pretendía viajar desde Nueva York a Tierra de Fuego, lo convaleciente durante un tiempo considerable. En este periodo escribió *Tierra de hombres (Terre des hommes)*, novela que recibió el Gran Premio de la Academia Francesa y el National Book Award estadounidense.

Durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de sus lesiones, consiguió enrolarse en el ejército activo en la lucha contra los nazis. Cuando Alemania ocupó Francia, se marchó a los Estados Unidos de América para gestionar ayuda contra la invasión. Allí escribió *Piloto de guerra (Pilote de guerre)* en 1942, y *Carta a un rehén (Lettre á un otage)* en 1943. En 1943, también fue publicada su obra más famosa, *El pequeño príncipe (Le petit prince)* libro ilustrado por el propio autor.

Antoine se unió a la Resistencia Francesa, y el 31 de julio de 1944, mientras realizaba una misión por la costa mediterránea, su avión desapareció tras ser abatido por la aviación alemana.

Póstumamente fueron publicadas las obras *La ciudadela (La citadelle)* en 1948, y *Cartas a su madre (Lettres à sa mère)*

re), en 1955. En abril de 2004, el Ministerio de Cultura de Francia anunció el hallazgo de los restos del avión caza de combate Lightning P38 que pilotaba Antoine de Saint-Exupéry cuando desapareció.

Antoine de Saint-Exupéry

I

CUANDO atravesé Portugal en diciembre de 1940 en viaje a los Estados Unidos, Lisboa se me apareció como una suerte de paraíso claro y triste. Por aquella época, se hablaba mucho allí de una inminente invasión, y Portugal se aferraba a la ilusión de su felicidad. Lisboa, que había construido la más encantadora exposición que jamás existiera en el mundo, sonreía con una sonrisa un tanto pálida, semejante a la de las madres que carecen de noticias de un hijo que está en la guerra y se esfuerzan en salvarlo con su confianza: «Mi hijo está bien puesto que sonrío...». «Miren —decía, pues, Lisboa— cuan feliz, tranquila e iluminada estoy». El continente entero pesaba sobre Portugal a la manera de montaña salvaje, cargada de tribus de presa; Lisboa de fiesta desafiaba a Europa; «¡Cómo han de tomarme por blanco si pongo tanto cuidado en no esconderme! ¡Si soy tan vulnerable!».

En mi país, las ciudades eran, por la noche, de color de ceniza. Me había desacostumbrado a todo resplandor, y esta capital radiante me producía un vago malestar. Si los alrededores son sombríos, los diamantes de una vitrina demasiado iluminada atraen demasiado a los merodeadores. Se los oye circular. Yo sentía pesar contra Lisboa la noche de Europa habitada por grupos errantes de bombarderos, como si hubieran olfateado de lejos el tesoro.

Pero Portugal ignoraba el apetito del monstruo. Se negaba a creer en los malos signos. Portugal hablaba de arte con una confianza desesperada. ¿Se atreverían a aplastarla con su culto al arte? Había sacado a la luz todas sus maravi-

llas. ¿Se atreverían a aplastarla con todas sus maravillas? Mostraba sus grandes hombres. A falta de cañones, a falta de ejército, había levantado contra toda la chatarra del invasor todos sus centinelas de piedra: poetas, exploradores, conquistadores. Todo el pasado de Portugal, a falta de ejército y de cañones, obstruía la ruta. ¿Se atreverían a aplastarlo con la herencia de su pasado grandioso?

Deambulaba yo, pues, melancólicamente todas las noches a través de los logros de aquella exposición de extremado buen gusto, en donde todo rozaba la perfección, incluso la música tan discreta, elegida con tanto tacto y que fluía suavemente sobre los jardines, sin altisonancia, como el canto simple de una fuente. ¿Destruirían en el mundo ese maravilloso gusto de la medida?

Y entonces encontraba a Lisboa más triste bajo su sonrisa que a mis ciudades apagadas.

Yo he conocido —quizás también ustedes— esas familias un tanto raras que conservan en la mesa el lugar de algún difunto. Negaban lo irreparable. Pero ese desafío no me parecía consolador. De los muertos se debe hacer muertos. Entonces ellos encuentran otra forma de presencia en su papel de muertos. Pero las familias aquellas suspendían su regreso, y los convertían en ausentes eternos, en retrasados invitados a la eternidad. Trocaban el duelo por una espera sin contenido. Y esas casas me parecían hundidas en un malestar irremediable que ahogaba tanto como la pena, pero de otra manera. Por Guillaumet, el último amigo aviador que perdí y que se hizo abatir en servicio postal aéreo. —¡Dios mio!—, acepté llevar duelo. Guillaumet ya no cambiará. Nunca volverá a estar presente, pero tampoco estará nunca ausente. Sacrifique su cubierto en mi mesa —trampa inútil— e hice de él un verdadero amigo muerto.

Pero Portugal trataba de creer en la felicidad dejándole su cubierto, sus lámparas y su música. En Lisboa se jugaba a la felicidad a fin de que Dios tuviera a bien creer en ella.

Lisboa debía también su clima de tristeza a la presencia de ciertos refugiados. No hablo de los proscritos en busca de asilo, no hablo de los inmigrantes en busca de una tierra que fecundar con su trabajo. Hablo de los que se expatriaban lejos de la miseria de los suyos para poner su dinero a buen recaudo.

Como no pude hospedarme en la ciudad misma, vivía en Estoril, cerca del casino. Salía yo de una guerra densa: mi grupo aéreo, que durante nueve meses jamás había interrumpido los vuelos sobre Alemania, había perdido ya, en el curso de la única ofensiva alemana, las tres cuartas partes de su tripulación. Al regresar a mi casa, yo había conocido la triste atmósfera de la esclavitud y había vivido la amenaza del hambre en la noche espesa de nuestras ciudades. Y ahora, a dos pasos de mi casa, el casino de Estoril se poblaba de aparecidos todas las noches. Silenciosos Cadillacs, que simulaban dirigirse a alguna parte, los depositaban sobre la arena fina del porche. Se habían vestido para cenar como otrora. Mostraban sus corbatas o sus perlas. Se habían invitado los unos a los otros para comidas de figurantes, donde no tenían nada que decirse.

Luego, según las respectivas fortunas, jugaban a la ruleta o al bacará. A veces iba a mirarlos. No experimentaba ni indignación ni sentimientos de ironía. Tenía una vaga angustia, la misma que nos turba en el zoológico ante los sobrevivientes de una especie casi extinta. Se instalaban alrededor de las mesas, se apretaban contra un *croupier* austero, y se afanaban en experimentar la esperanza, la desesperación, el temor, el deseo y el júbilo. Igual que los vivos. Jugaban fortunas que quizás estuvieran ya vacías de significado en ese mismo instante. Usaban monedas que tal vez estaban ya obsoletas. Los valores de sus cofres estaban quizá garantizados por fábricas ya confiscadas o amenazadas por los bombardeos, ya en vías de arrasarlo todo. Libraban letras de cambio en la luna. Al aferrarse al pasado se esforzaban en creer —como si nada hubiera comenzado a cruji-

sobre la Tierra desde hacía algunos meses— en la legitimidad de su fiebre, en los fondos que respaldaban sus cheques, en la eternidad de sus convenciones. Era irreal. Era como un baile de muñecos. Pero era triste.

Sin duda no sentían nada. Los abandonaba. Me iba a respirar a la orilla del mar. ¡Ese mar de Estoril, mar de balneario, mar domesticado, que parecía entrar en el juego! Mar que arrastraba al golfo una única ola blanda, enteramente resplandeciente de luna, como un vestido de cola fuera de temporada.

Volvía a encontrarlos en el paquebote —¡mis refugiados!—, paquebote que, también él, esparcía una leve angustia, paquebote que transportaba de uno a otro continente aquellas plantas sin raíces. Me decía a mí mismo: «Quiero ser un viajero, no quiero ser un emigrante. ¡He aprendido entre los míos tantas cosas que en otra parte serían inútiles!», pero entonces mis emigrantes sacaban de su bolsillo su libretita de direcciones, sus restos de identidad. Aún jugaban a ser alguien. Se aferraban con todas sus fuerzas a alguna significación. «Sabe usted —dicen—, yo soy el que soy de tal ciudad, el amigo de fulano. ¿Conoce a zutano?».

Y contaban la historia de un camarada, o la historia de una responsabilidad, o la historia de una falta, o cualquier otra historia que pudiera ligarlos a algo, cualquier cosa que fuese. Pero nada de ese pasado, puesto que se expatriaban, les serviría ya. Todo era aún cálido, todo era fresco, todo vivo, como lo son al comienzo los recuerdos de amor. Se hace un paquete de tiernas cartas, se agregan algunos recuerdos, se ata todo con mucho cuidado. Y la reliquia produce al comienzo un melancólico encanto. Después, pasa una rubia de ojos azules, y la reliquia muere. Del mismo modo el camarada, la responsabilidad, la ciudad natal, los recuerdos de la casa se decoloran si ya no sirven.

Ellos lo percibían claramente. Así como Lisboa jugaba a la felicidad, ellos jugaban a creer que pronto volverían.

¡Qué dulce es la ausencia del hijo pródigo! Ésta es una falsa ausencia, puesto que detrás de él la casa familiar permanece. Que estemos ausentes en la pieza vecina o en el otro extremo del planeta, la diferencia no es esencial. La presencia del amigo que se ha alejado en apariencia puede tornarse más densa que una presencia real. Así ocurre con la plegaria. Nunca he amado mejor mi casa como en el Sahara. Nunca los novios estuvieron más cerca de sus novias que los marinos bretones del siglo XVI, cuando doblaban el Cabo de Hornos y envejecían contra el muro de los vientos contrarios. Ya desde la partida comenzaban a regresar. Era su regreso lo que preparaban cuando tendían las velas con sus pesadas manos. El camino más corto del puerto de Bretaña a la casa de la prometida pasaba por el Cabo de Hornos. Pero mis emigrantes se me aparecían como marinos bretones a los que les hubieran arrebatado la novia bretona. No había novia bretona que encendiera para ellos su humilde lámpara en la ventana. No eran hijos pródigos. Eran hijos pródigos sin casa a donde volver. Entonces comienza el verdadero viaje, el viaje fuera de uno mismo.

¿Cómo reconstruirse?, ¿cómo reconstituir la pesada madeja de los recuerdos? Como el limbo, el buque fantasma estaba cargado de almas por nacer. Sólo parecían reales, tan reales que se hubiese querido tocarlos con los dedos, aquellos que, integrados en el navío y ennoblecidos por funciones verdaderas, llevaban los platos, bruñían los cobres, enceraban los pisos y, con un vago desprecio, servían a los muertos. No era la pobreza lo que procuraba a los emigrantes ese ligero desdén de parte del personal. Lo que les faltaba no era dinero, sino densidad. Ya no eran el hombre de tal casa, de tal amigo, de tal responsabilidad. Representaban el papel, pero éste ya no era verdadero. Nadie tenía necesidad de ellos, nadie se disponía a recurrir a ellos. Qué maravilla el telegrama que nos trastorna, que nos hace levantar en medio de la noche, nos lleva a la estación: «¡Ven! ¡Te necesito!». En seguida descubrimos amigos

que nos ayudan. Lentamente formamos parte de los que merecen que se los ayude. Es cierto que nadie odiaba a mis aparecidos, nadie tenía celos de ellos, nadie los molestaba. Pero nadie los amaba con el único amor que cuenta. Me decía: cuando lleguen los apresarán en cócteles de bienvenida, en cenas de consuelo. Pero ¿quién sacudirá su puerta exigiendo ser recibido? —¡Abre! ¡Soy yo!—. Es necesario amamantar por largo tiempo a un niño antes de que exija. Es necesario cultivar por largo tiempo a un amigo antes de que reclame lo que en amistad se le debe. Es necesario haberse arruinado durante generaciones para reparar los viejos castillos que se derrumban, para aprender a amarlos.

II

YO, pues, me decía: «Lo esencial es que en alguna parte permanezca aquello de lo cual se ha vivido. Y las costumbres. Y la fiesta de la familia. Y la casa de los recuerdos. Lo esencial es vivir para el regreso...». Y me sentía amenazado en mi subsistencia misma por la fragilidad de los polos lejanos de los que dependía. Corría el riesgo de conocer un verdadero desierto, y comenzaba a comprender un misterio que me había intrigado por mucho tiempo.

Viví tres años en el Sahara. Soñé, también yo, después de tantos otros, con su magia. Cualquiera que haya conocido la vida en el Sahara, donde aparentemente todo es mera soledad y desamparo, llora aquellos años, a pesar de todo, como los más hermosos que ha vivido. Las palabras «nostalgia de la arena, nostalgia de la soledad, nostalgia del espacio» sólo son formulas literarias y no explican nada. Pero ahora, a bordo de un paquebote hormigueante de pasajeros hacinados unos contra otros, me pareció que por primera vez comprendía el desierto.

Ciertamente, el Sahara sólo ofrece, hasta donde se pierde la vista, una arena uniforme, o más exactamente —puesto que allí las dunas son raras— una grava guijarrosa. Allí uno se sumerge en las condiciones mismas del tedio. Y sin embargo invisibles divinidades nos construyen una red de direcciones, de pendientes y de signos, una musculatura secreta y palpitante de vida. Ya no es uniformidad. Todo se orienta. Ni siquiera un silencio se parece a otro silencio.

Hay un silencio de paz cuando las tribus están reconciliadas, cuando la noche recoge su frescor; es como si hicié-

ramos alto, con las velas recogidas, en un puerto tranquilo. Hay un silencio de mediodía cuando el sol suspende los pensamientos y los movimientos. Hay un silencio falso cuando el viento del norte ha cedido y la aparición de insectos arrancados como polen a los oasis del interior anuncia la tempestad del Este, que trae arena. Hay un silencio de confabulación cuando se sabe, de una tribu lejana, que está fermentando. Hay un silencio de misterio cuando se anudan los indescifrables conciliábulos entre árabes. Hay un silencio tenso cuando el mensajero tarda en volver. Un silencio agudo cuando se retiene la respiración, por la noche, para escuchar. Un silencio melancólico si se recuerda a quien se ama.

Todo se polariza. Cada estrella fija una dirección verdadera. Son todas estrellas de reyes magos, todas sirven a su propio dios. Ésta indica la dirección de un pozo lejano difícil de ganar, y la extensión que nos separa de ese pozo pesa como una muralla. Ésa indica la dirección de un pozo agotado, y la estrella misma parece agotada, y la extensión que nos separa del pozo seco no tiene pendiente. Aquella otra estrella sirve de guía hacia un oasis desconocido que los nómadas han alabado, pero que la disidencia nos veda, y la arena que nos separa del oasis es césped de cuento de hadas. Tal otra indica la dirección de una ciudad blanca del Sur, sabrosa, al parecer, como un fruto que invita a hincarle los dientes. Aquélla, la del mar.

Por último, polos casi irreales imantan de muy lejos el desierto: una casa de infancia que permanece viva en el recuerdo; un amigo del cual no se sabe nada excepto que es.

De tal modo nos sentimos tensos y vivificados por el campo de fuerzas que nos atraen o nos rechazan, nos solicitan o nos resisten. Nos encontramos bien fundados, bien determinados, bien instalados en el centro de las direcciones cardinales.

Y como el desierto no ofrece ninguna riqueza tangible, como no hay nada que ver ni que oír en el desierto, se está

constreñido a reconocer —puesto que ahí la vida interior, lejos de dormirse, se fortalece— que el hombre está animado al comienzo por fuerzas invisibles. El hombre está gobernado por el espíritu. En el desierto, valgo lo que valen mis divinidades.

De esa manera, si a bordo de mi triste paquebote me sentía rico en direcciones todavía fértiles, si habitaba un planeta todavía vivo, todo ello se lo debía a algunos amigos perdidos a mis espaldas en la noche de Francia, y que empezaban a serme esenciales.

Decididamente, Francia no era para mí ni una deidad abstracta ni un concepto de historiador, sino una carne de la que yo dependía, una red de lazos que me gobernaban, un conjunto de polos que fundaban las pendientes de mi corazón. Experimentaba la necesidad de sentir más sólidos y duraderos que yo mismo a aquéllos a quienes necesitaba para orientarme. Para conocer o regresar. Para existir.

En ellos se alojaba mi país entero, por ellos vivía en mí. Así también, para quien navega en el mar un continente se resume en el simple destello de algunos faros. Un faro no mide la lejanía; simplemente, su luz está presente en los ojos. Y todas las maravillas del continente se alojan en la estrella.

Y hoy, que Francia, luego de la ocupación total, ha entrado en bloque con su cargamento en el silencio, como un navío con todas las luces apagadas del que se ignora si sobrevive o no a los peligros del mar, la suerte de cada uno de aquéllos a quienes amo me atormenta con más gravedad que una enfermedad instalada en mí mismo. Descubro que la fragilidad de ellos me amenaza en mi esencia.

Quien esta noche me obsesiona la memoria tiene cincuenta años. Está enfermo. Y es judío. ¿Cómo sobrevivirá al terror alemán? Para imaginarme que todavía respira tengo que creer que, refugiado en secreto por la hermosa muralla de silencio de los campesinos de su aldea, el invasor lo ha ignorado. Solamente entonces creo que todavía vive. Sola-

mente entonces deambular a lo lejos en el imperio de su amistad —que no tiene fronteras— me permite no sentirme emigrante, sino viajero. Pues el desierto no está allí donde uno cree. El Sahara tiene más vida que una capital, y la más hormigueante de las ciudades se vacía si los polos esenciales de la vida se desimantan.